

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 77
Literatura Venezolana del Siglo XXI

Article 1

2013

Las semillas del milenio

Miguel Gomes

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Gomes, Miguel (April 2013) "Las semillas del milenio," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77, Article 1.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss77/1>

This Asedios a la Literatura Venezolana is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

PRESENTACIÓN:
LAS SEMILLAS DEL MILENIO

Miguel Gomes
The University of Connecticut-Storrs

En 1993, con ocasión de prologar un número especial de *INTI*, Julio Ortega sostuvo que la Venezuela del fin del siglo XX sería “un privilegiado espacio latinoamericano de resoluciones, un laboratorio donde los grandes dilemas irresueltos de nuestra modernidad desigual se demostrarán tanto en su promesa incumplida como en sus realizaciones posibles” (1). La presente compilación se propone constatar cómo destacados críticos y escritores venezolanos captan en las letras del país los desencuentros de la modernidad en lo que va del nuevo milenio y hasta qué punto el horizonte nacional actual ofrece aún esas promesas cumplidas o incumplidas. Ya sea mediante el estudio de obras específicas, de fenómenos que atañen a más de un autor o de testimonios personales, este conjunto de trabajos intenta retratar el polémico rostro del presente de una sociedad literaria que ha empezado a llamar la atención internacional en los últimos lustros debido al perfil político del país al que pertenece.

La convocatoria se remitió en diciembre de 2012 a un grupo de investigadores y escritores que aceptan el calificativo de representativos por más de una razón: su trayectoria reconocida; su diversidad generacional; tener un horizonte internacional o casi exclusivamente local; su condición de estudiosos o cultivadores de diferentes géneros (ensayo, lírica, novela, cuento). La muestra no aspira a la exhaustividad ni al inventario de todas las posturas posibles ante la realidad nacional. Descreo de la objetividad pura y codiciarla ante una materia tan cercana en el tiempo equivaldría a poco menos que un arrebató de *hubris*. Mi intención es más sencilla: efectuar una indagación preliminar entre críticos y creadores que considero particularmente memorables por su visión personal de los temas, los títulos y los autores que definen la experiencia literaria reciente; la meta no es otra que organizar lecturas y discusiones que en el futuro puedan

ayudar a reconstruir una parte para nada marginal de lo que ha sido el inicio del siglo XXI tanto para la conciencia crítica como para el universo afectivo de agentes que se relacionan entre sí en el campo cultural venezolano.

No cuesta adivinar que la literatura del país ha estado en estos últimos catorce años determinada por los efectos del gobierno de Hugo Chávez Frías, desde su elección en 1998 hasta su fallecimiento, anunciado a principios de 2013. En ocasiones, reflexionando sobre narrativa —y pienso que la conclusión puede extenderse a otros géneros—, he sugerido la existencia de un régimen discursivo prevalente en la comunidad letrada empeñado en reconstruir, no siempre de modo directo, vivencias de cariz político. Lo he denominado “ciclo del chavismo” con absoluta conciencia de la provisionalidad del marbete por falta de perspectiva histórica (“Modernidad” 822-823, “Sol negro” 112). Debo recalcar algo que he señalado en dichas oportunidades: no es 1998 el año en que se iniciaría dicho régimen de pensamiento y expresión, puesto que la presencia polarizante de Chávez era influyente desde 1992, cuando encabezó un fracasado golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez. Tampoco pretendo ignorar que el fenómeno ha de insertarse en una cadena de hechos que evidencia un desencanto colectivo con respecto a la democracia, el cual venía gestándose a lo largo de los ochenta, con dos hitos fundamentales: la devaluación del Bolívar en 1983 (popularmente conocida como “Viernes Negro”, evento que conmocionó a las mayorías desprevenidas) y los saqueos de febrero de 1989 (el “Caracazo”, consecuencia de un complejo sistema de inquietudes en el que la indignación por la añeja desigualdad social se aunó a la impotencia y exasperación de la clase media ante la pérdida de la fluidez financiera y el despreocupado estilo de vida de la “Venezuela saudita” de los años setenta). Si los ochenta constituyen un período de acentuación de tal desengaño, en la década siguiente la violencia esbozada por el Caracazo madura definitivamente con dos levantamientos armados. La articulación del chavismo resulta el corolario, con una disposición ideológica menos coherente que electrizada o emotiva. Con Chávez el ejército recupera un papel político que se creía desaparecido, superado gracias a una modernidad civil que dejaba atrás el autoritarismo castrense predominante hasta 1958, cuando culminó la última gran dictadura. El chavismo no solo retoma la fusión de poder militar y político, sino la retórica decimonónica del heroísmo patrio, con el agregado, aun más arcaico, de citas evangélicas. Si consideramos que todo lo anterior se difunde gracias a la sabia manipulación de radio, televisión e Internet y aderezado con una batería elocutiva e icónica proveniente de la izquierda de los sesenta, la heterogeneidad o ambigüedad de la experiencia (acción y reacción simultáneas) se hace patente.

¿Cómo es la literatura venezolana que la presente compilación retrata? Puede afirmarse que en casi la totalidad de los trabajos surge en mayor o menor medida la cuestión de los desafíos que el agitado entorno social depara. Me parece necesario resaltarlos porque la saturación creada por las guerras simbólicas y “mediáticas” emprendidas por el Estado ha generado una nostalgia por el apolitismo —si algo

así fuera siquiera posible— común en las letras venezolanas de las décadas de 1970 y 1980. Esa añoranza conservadora —aunque sin duda inconsciente, pues se entrevé incluso en críticos y profesores universitarios en otras circunstancias lúcidas— ha engendrado una especie de metaparanoia: la del recelo de paranoias ajenas, atribuidas a lectores que decodifican políticamente ciertas obras literarias. La posibilidad de que esos textos se dejen interpretar de tal manera e incluso inviten a esas interpretaciones, con todo, no logra negarse convincentemente. En otras palabras, es legítimo sostener que, debido a un curioso mecanismo de defensa, los críticos a los que aludo acaban proyectando, en el sentido que la psicología da al término (Wade 37), sus propias paranoias en quienes aceptan casi con naturalidad el factor político, entre otros, como inevitable en el hecho literario, sobre todo en épocas difíciles de la nación.

Si examinamos los trabajos aquí reunidos, el interés “social” no se oculta. Una de las conclusiones de Leonora Simonovis en su estudio de dos poetas recientes (Gina Saraceni y Natasha Tiniacos) es que estas abordan “una realidad que corresponde a un país en transición, donde reina la incertidumbre y donde la voz poética se siente extraña y extranjera ante una realidad que la desborda”. Patricia Valladares-Ruiz resalta en la narrativa de Sánchez Rugeles que “el examen descarnado de la patria cobra un rol protagónico en el tratamiento de la inmediatez política”. Carlos Sandoval describe con agudeza el ansia del lector por encontrar la imagen del presente —“la enfermedad del poder”— en el pasado autoritario estratégicamente fabulado por Francisco Suniaga. Johan Gotera analiza una novela inicial de Victoria de Stefano —narradora canonizada en los últimos años y admirada por las nuevas generaciones— que se remonta a la violencia de los sesenta; el gesto crítico de Gotera, reforzado por el rescate editorial reciente de dicha obra, revela el horizonte de expectativas actual al desenterrar una tradición temática donde las vivencias del aquí y ahora pueden estar arraigando de nuevo. “Resulta que el país es Venezuela y el mundo es el que va a venir y lo que nos espera da mucho miedo”: con estas palabras insuperables, donde el discurso crítico se subjetiviza y adopta el género del ensayo, Violeta Rojo describe la cosmovisión agazapada en los relatos de Enza García Arreaza, solo exóticos o escapistas para lectores superficiales.

En la sección tercera, dedicada a poéticas tanto de autores maduros como de los más jóvenes, abunda esa orientación a lo político o comunitario. Creo subrayable el hecho, sin embargo, de que jamás degenera en prédicas tremebundas, sino que más bien se acopla a un discurso de lo cotidiano, como cuando, entre otros ejemplos que podrían aportarse, Dayana Fraile advierte:

El mayor reto que afrontan los escritores en todo el mundo es la repartición del tiempo: el tiempo del que viven y el tiempo en el que escriben. El mayor reto que afrontan los escritores venezolanos es el de mantenerse vivos en un territorio sacudido por la violencia delictiva. Lo digo porque, al igual que todos mis vecinos, estuve a punto morir varias veces a los pies del glorioso Ávila. Sigo mi instinto. Estoy en contra de aquello de tomarse la literatura demasiado en serio.

O también como cuando Gisela Kozak vincula estética y experiencia mediante un puente inesperado aunque oportuno: “Escribo desde una postura ética que postula que la exploración del lenguaje y la imaginación juegan un papel fundamental en la vida humana”. García Arreaza, acaso la más experimental y osada de los nuevos escritores, se acerca a la sociedad con una autenticidad rara vez entrevista en escritores que no hayan vivido la devastación de una guerra: “Escribo la barbarie y no creo en la pobreza para justificarla. Escribo la barbarie precisamente porque no me interesa justificarla. Lo hago, quizás, porque estoy acostumbrada a este preludio de la destrucción”. En visiones como estas laten la emoción y las fuerzas conflictivas de una gran literatura que se desarrolla en penosas circunstancias morales y psicológicas.

A la par de la veta política, estos estudios y ensayos apuntan a otros asuntos. Los escritores venezolanos de hoy se caracterizan, en efecto, por preferencias casi polares. El adjetivo tiene la virtud de enlazar lo colectivo y lo enfáticamente individual. Por una parte, se captan ruinas exteriores, escenas de sangre, el ahogo existencial que produce la inseguridad en un país que durante la última década se ha convertido en uno de los nueve o diez con mayor tasa de homicidios del mundo (United Nations 9); por otra parte, observamos los ámbitos del alma, las relaciones familiares o las eróticas. Más allá de los extremos de extraversión e introversión, igualmente se aprecia una atracción por lo intelectual, con virtuosos metadiscursos o ejercicios de la éfrasis (léase, por ejemplo, el estudio de Arturo Gutiérrez Plaza acerca de los diálogos, aún fértiles durante los últimos años, de la poesía con la plástica); y, asimismo, el hincapié a veces puesto en la más reciente pose intelectual, que es la de negarse al intelectualismo acudiendo a la cultura de masas o a sus géneros más previsibles: el detectivesco, el policial, el gótico, el histórico. La familiaridad con los *mass media* suele entroncar con la novela sentimental o el *Bildungsroman*, como sucede en la obra de Eduardo Sánchez Rugeles, narrador muy difundido y aquí abordado en más de una ocasión.

Un bloque temático significativo que ha sido capaz de cruzarse con varios de los previamente mencionados lo constituye la narrativa de la emigración venezolana, que se ha popularizado en el siglo XXI y es fruto de polémicas frecuentes (véanse los estudios, en particular, de Víctor Carreño, Luz Marina Rivas y Patricia Valladares, aunque también las reflexiones testimoniales, sabiamente críticas, de Gabriel Payares acerca de una “épica de clase [media]”). Venezuela hacía turismo en los años setenta y ochenta; hoy en día el venezolano que sale del país tarda en volver, si vuelve. Con frecuencia la emigración se percibe como “exilio” o “destierro”, adquiriendo un aura sublime que garantiza enormes acumulaciones de capital simbólico al escritor, secretamente identificado con figuras fundacionales como la del primer gran desterrado que sintetiza las correspondencias modernas entre el campo cultural y el campo del poder: Andrés Bello, padre de la “independencia cultural” de Hispanoamérica, según reza el lugar común que convierte al autor de “Alocución a la Poesía” en el equivalente letrado de Bolívar. Si tal identificación complace una añeja

tradicción de heroizaciones del intelectual, no menos asegura la supervivencia del legado colonial de hidalgo desprecio a la condición de trabajador asociada al “emigrado” o “inmigrante” a secas.

De gran interés resultan asimismo los debates que suscitan la mundialización y el aprovechamiento creador o no de las nuevas tecnologías de comunicación. Lo primero se percibe tras el concienzudo examen al que Víctor Carreño somete la condición “diaspórica” de ciertos intelectuales venezolanos. Uno de los testimonios aquí incluidos, el de la poeta y ensayista María Antonieta Flores, contiene valiosísimas disquisiciones éticas y estéticas sobre lo segundo, pero los efectos indirectos de la cultura digital podrían observarse en distintos autores de esta compilación, y en particular en las conductas lúdicas y mercuriales de la prosa de Mario Morenza. También surge un ejemplo importante de la nueva moral de las formas en la nota que Carlos Pacheco dedica a una obra reciente de Sánchez Rugeles. La pieza de Pacheco, por lo demás, constituye un auténtico modelo de creatividad analítica.

Los trabajos se dividen en tres secciones. La introductoria está compuesta de dos visiones abarcadoras de aspectos cruciales de la cultura moderna venezolana y sus relaciones con el imaginario de lo urbano y el del petróleo. Tanto la índole vertebradora de dichas discusiones como la notable trayectoria de Gustavo Guerrero y Miguel Ángel Campos en calidad de ensayistas y, a la vez, de docentes adscritos a prestigiosas universidades justifican que los haya seleccionado para abrir esta muestra.

La segunda sección, que cuenta con la participación de destacados críticos, está dedicada al análisis de problemas colectivos, la obra de un autor o libros específicos. Se incluyen artículos extensos y comentarios breves de lectura. Los temas seleccionados por los participantes van desde el examen a fondo de nuevos escritores muy visibles en años recientes —los ya mencionados Sánchez Rugeles o García Arreaza— hasta nombres centrales de los últimos tres o cuatro decenios que han adquirido rango de clásicos nacionales especialmente en el período del que se ocupa esta muestra (es el caso de Victoria de Stefano, estudiada por Gotera, o Eugenio Montejo, a quien presta particular atención Arturo Gutiérrez Plaza). No falta tampoco un oportuno rescate de una autora que tiene ya un grupo de distinguidos lectores y sigue, no obstante, injustamente marginada de las discusiones críticas en los ámbitos universitarios: me refiero a Nuni Sarmiento, objeto de un apto asedio de Carolina Lozada.

La tercera y última sección está concebida como un arque de poéticas en el que los creadores reflexionan sobre su oficio y la historia de su vocación en el contexto específico de los retos que plantea al ejercicio literario la Venezuela de los últimos tiempos. Entre los creadores se encuentran algunos muy experimentados, como Alejandro Oliveros, María Antonieta Flores y Gisela Kozak, así como varios jóvenes, cuyas promesas han ido cumpliéndose con premios y obras de resonancia nacional: Enza García Arreaza, Dayana Fraile, Gabriel Payares, Mario Morenza. Un agregado importante al usual tanteo entre

poetas y narradores es la inclusión de la traducción literaria, representada por el insustituible testimonio de Guillermo Parra, difusor de la literatura venezolana en los Estados Unidos.

OBRAS CITADAS

Gomes, Miguel. “Modernidad y abyección en la nueva narrativa venezolana”. *Revista Iberoamericana* LXXVI – 232/233 (2010): 821-836.

---. “Sol negro sobre el Caribe: ‘la Tragedia de Vargas’ en la nueva narrativa venezolana”. *Argos* Vol. 29-56 (2012): 109-133.

Ortega, Julio. “Venezuela fin de siglo” *Inti* 37-38 (1993): 1-3.

United Nations Office on Drugs and Crime. *Global Study on Homicide* (2011). Vienna: UNODC, 2011. Versión en línea: unodc.org/documents/data-and-analysis/statistics/Homicide/Globa_study_on_homicide_2011_web.pdf

Wade, Tavis. *Psychology*. New Jersey: Prentice Hall, 2000.